

## XVI

### POSITIVISMO E IDEALISMO

#### I

Los espíritus serios de París y hasta los fútiles (pues descubro una sombra en la faz de *Le Figaro*) han mostrado en estos últimos tiempos, y tal vez sentido, una preocupación ansiosa respecto de la "mocedad de las escuelas".

De este nombre colectivo, marcando clase y casta, se revisten dos o tres mil muchachos, ruidosos y desaliñados, que, en el Barrio Latino, en el País de la Bohemia, frecuentan las escuelas y, sobre todo, las cervecerías. No les acuso de esta frecuentación más especialmente festiva, porque desde Descartes y Spinoza la cerveza fué siempre una compañera y una inspiradora de la Filosofía. Solamente noto (y como un mérito de sus años alegres) que, si dedican su atención al libro, consagran su entusiasmo al bock; y hay así, en todos sus actos y palabras, a más de mucho raciocinio, mucha cerveza. Por *cerveza* entiendo el impulso y turbulencia de la sangre caliente. En todo caso, si algunos permanecen regalonamente en los bancos de la cerveza cuando se trata de los trabajos que la escuela im-

## NOTAS CONTEMPORANEAS

pone, todos, sin que uno solo deserte, se escudan en la escuela y en sus bancos, en cuanto se trata de los privilegios que ella les confiere como hijos espirituales suyos...

Uno de esos privilegios, y el más precioso para los estudiantes de las escuelas de París, es el poder apalearse, con tranquilidad e impunidad, a todos aquellos que no compartan sus conclusiones o simplemente sus tendencias en materia de Filosofía, de Sociología, de Historia y de Estética. A este lado del Sena, en los barrios que no son latinos y que, por lo tanto, son bárbaros, el ciudadano que en un café dé bastonazos a otro ciudadano porque no admira como él el talento estridente de Sarah Bernhardt, o el antisemitismo rábico del Sr. Drumont, o simplemente las pintas de una corbata comprada en el *Bon Marché*, es sencillamente considerado como un bruto y lo conducen a empujones hacia la humedad de los calabozos.

Del otro lado del Sena, en los barrios latinos y, por lo tanto, de alta cultura, el estudiante idealista que en los patios de la Sorbona agarre por las greñas al estudiante positivista, lo aplaste contra una pared y le pruebe con una tremenda paliza la superioridad de Royer-Collard sobre Augusto Comte, es considerado como un entusiasta, protegido por la Policía en el legítimo ejercicio de su intolerancia metafísica y aplaudido paternalmente por viejos moralistas humanitarios, como el Sr. Julio Simón. Este dulce y antiguo privilegio, que viene ya de los tiempos de Felipe Augusto, cuando los "escolares" de la montaña de Santa Genoveva apaleaban regularmente a los sargentos del preboste de París, asaltaban la residencia de los legados del Papa, asolaban las tabernas, aturdían la ciudad con sus disputas teológicas, siempre bajo el patrocinio

de los príncipes, han convertido en estas últimas semanas los patios de la Sorbona en *ululantes y polvorientos campos de batalla*, como dice uno de nuestros clásicos. En efecto, en esas querellas sólo hubo polvareda y gritos; pero el motivo que las provocó es en realidad más alto y de una importancia más universal que aquellos que han originado, desde la guerra de Troya, tantas guerras, donde mueren millares de hombres y se funden millares de duros. Y, sin embargo, aparentemente, el motivo fué sólo el profesor Aulard.

Este Sr. Aulard, hasta hace poco pacíficamente obscuro, es, a lo que parece, un jacobino que comenzó este año a dar en la Sorbona un curso especial de Historia de la Revolución francesa, con la pasión y, por lo tanto, con la estrechez de miras de un sectario. No sé qué fecha de la Revolución estaba el Sr. Aulard comentando, y si aún iba en Mirabeau y en el humanitarismo o ya había llegado a Robespierre y a la sangre; lo cierto es que un considerable grupo de la "Mocedad de las Escuelas", irritado con esta apología del jacobinismo hecha en la Sorbona y con el positivismo predicado por el Sr. Aulard en conferencias a través del Barrio Latino, invadió las aulas, sofocó con berridos y aullidos la facundia del profesor, silbó ignominiosamente los inmortales principios del 89, apaleó sin piedad a los camaradas que estaban allí absorbiendo la buena doctrina positivista y revolucionaria. Estos son los escandalosos hechos; y la evidencia que de ellos resulta, desde luego, es que en esta mocedad, nacida y educada dentro del jacobinismo (e ideas congéneres) cuando era superiormente atractivo como partido de oposición al Imperio decadente—y aun después de la guerra de 1870, cuando se hizo superiormente influyente como partido de gobierno—, hay una gran masa,

una mayoría, para quien ese jacobinismo es totalmente intolerable. ¡Tan intolerable que pretende expulsarlo de la enseñanza de las escuelas a bastonazos!...

Ya esto es extraño y grave. La gravedad y la extrañeza aumentan, sin embargo, cuando se comprueba que esta reacción no es solamente intentada contra la política, sino contra la estructura general de la sociedad contemporánea, tal como la ha creado el positivismo científico. Bajo todas las formas de la actividad pensante se revela, palpita en la generación nueva esta reacción, de un modo inarmónico, faltándole el esfuerzo y la convergencia hacia la unidad, pero fuertemente caracterizada por el propósito de mudar las fórmulas que gobiernan...

Así, en Historia, estamos asistiendo a la resurrección de la leyenda napoleónica que todos imaginaban enterrada para siempre en el funesto valle de Sedán. ¡Profunda equivocación! He ahí al emperador que vuelve *en redingote grise*, que circula triunfalmente por París, redivivo, aureolado en todos esos libros que se publican ahora cada día sobre él y sobre sus campañas, y sobre sus amantes, y sobre sus mariscales, y sobre sus proveedores, y sobre sus nervios, y sobre todo cuanto menudamente lo muestre en su imperialismo y en su humanidad.

Y cada página de éstas se devora con pasión, como si los jóvenes se quisiesen consolar de la mediocridad sin gloria de la República burguesa reviviendo por la imaginación las aventuras, las marchas, las victorias, las fanfarrias de la epopeya imperial.

En literatura estamos asistiendo al descrédito del naturalismo. La novela experimental, de observación positiva, basada sobre documentos, terminó su misión (si es que jamás existió a no ser en teoría), y el propio

maestro del naturalismo, Zola, es cada día más épico, a la vieja manera de Homero. La simpatía, el favor, van hacia la novela de imaginación, de psicología sentimental o humorística, de resurrección arqueológica (¡o prehistórica!) y hasta de capa y espada, con maravillosos *imbroglios*, como en los robustos tiempos de Artagnan.

En el teatro, aparte de una recrudescencia de fidelidad a la tragedia clásica (Racine es definitivamente dios) y de una renovación del gusto por el drama romántico (*Hernani* volvió a tomar posesión de los corazones), vemos, con espanto, a la multitud correr al melodrama de 1830 y poblar los teatrillos populares donde se refugió con sus innumerables pasiones y terrores. Y al paso que algunas tentativas raras de comedia naturalista, llevada hasta los confines de la lógica de la escuela, son silbadas, repelidas y llevadas a la policía correccional; el parisiense escéptico va a llorar con los dramas sagrados, los piadosos autos y misterios en que Cristo, amarrado a una cruz de cartón, sobre un Gólgota de bambalinas, promete en versos alejandrinos el sumo progreso espiritual, la evolución del hombre al ángel y un paraíso que nos compense sublimemente de los *boulevards* de este mundo. En poesía, la reacción es tan amplia que Coppée y los poetas de la realidad están, a pesar de hallarse vivos, más olvidados que Florián y los bucólicos del siglo XVIII.

En boga están el rutilante Heredia, que nos canta fastuosamente los héroes y los semidioses, o bien los simbolistas, que con fragmentos esfumados de verbos y harapos indecisos de sentimiento, nos arreglan una de esas nieblas poéticas donde las almas tienen ahora la pasión de anidar, escondiéndose de la vida. En realidad, toda poesía es bien venida con tal que no nos

cante *El cochero de omnibus*, *La fiesta de Saint-Cloud* y *El pequeño tendero de Montrouge*, que aun hace quince años parecían ser los únicos temas dignos de las inteligencias positivas, ansiosas de realidad ambiente y de modernismo. De nuevo se reimprime y se lee con ternura a Lamartine... La luna de las *Meditaciones* pasa otra vez, pálida y dulce, sobre el lago; y el ruiseñor y Dios vuelven a entrar en la estrofa.

En las Artes plásticas, la reacción contra el naturalismo y *el aire libre* es decisiva. Sobre la exacta, luminosa, sana y succulenta pintura de la escuela francesa se va esparciendo, cada vez más densa, una niebla de misticismo. Todas las formas se afinan, se atenúan, se desvanecen en diafanidad; en el esfuerzo de traducir y poner en la tela un *no sé qué* que habita dentro de las formas, la pura esencia que sólo conserva el contorno indefinido de su molde material.

Ya muy rara vez se pinta el paisaje tal como lo vieron los claros y sinceros ojos de los Daubigny, de los Th. Rousseau; y la ambición es fijar por medio de manchas, de centelleos, de fondos de sombras, de abstracciones, la emoción risueña o doliente que el paisaje da al alma. Los mismos retratos nos aparecen esfumados, envueltos en una ceniza dispersa de crepúsculo, como para desprender, en cuanto sea posible, al hombre de su carnalidad y no perpetuarle más que la semejanza del espíritu. Los temas preferidos son los que contienen el más sutil simbolismo; y los maestros admirados y seguidos son Burne-Jones, Moreau, Aman-Jean, que nos conducen la imaginación hacia el turbio país de los mitos.

Però donde esta reacción contra el positivismo se manifiesta más decidida y franca es en materia religiosa. ¡Ah! Nuestro viejo y valiente amigo, el librepensamiento, está realmente atravesando una mala crisis... Tal vez la más aflictiva que ha afrontado desde que nació bajo los claros cielos helénicos y baluceó sus primeras elucubraciones cósmicas y éticas sobre las rodillas de Thales y de Sócrates.

Este pobre librepensamiento está, en efecto, pasando por aquella tortura que él infligió al cristianismo en tiempos de Voltaire, que es la más humillante que puede sufrir una filosofía, y que consiste en ser zaherido, acribillado de chanzonetas, jaleado en las calles como un monigote de Carnaval. ¿Quién lo hubiera dicho? ¡El librepensamiento denostado alegremente en este siglo y en este París, que parecía ser su dominio feudal!... ¡Así es!... Y el propio Sr. Aulard lo confiesa; el Sr. Aulard, que es hoy el más glorioso paladín y como el Roldán del librepensamiento. En su último y muy famoso discurso a la *Liga Democrática de la Mocedad* (que fué una de las causas del estrépito y de los bastonazos) reconoce con melancolía que el librepensamiento está siendo más vilipendiado, en este París de la tercera República, que el catolicismo lo fué en el París de Luis XV, cuando Voltaire era rey. Y no sólo reconoce el hecho, sino que concede que en parte está justificado, "porque (añade el Sr. Aulard) ha habido realmente librepensadores muy fanáticos, muy estúpidos, muy groseros, muy intolerantes y muy soeces!" Así se lamenta el Sr. Aulard sobre las cimas de la Sorbona.

Y con razón se lamenta y se asusta, porque cualquier principio que resiste fácilmente al martirio, sucumbe a la burla... Sobre todo, cuando al mismo tiempo comienza a quedar *pasado de moda*, y se va haciendo tan imposible usarlo en la calle como una cabellera empolvada o unos calzones cortos. Ahora bien: el Sr. Aulard confiesa también que (¡cosa horrible!) el librepensamiento está *pasado de moda*, entre la mocedad. ¡Hoy, en este año de 1893, es de mal tono en París ser librepensador!... Es un rancio *chic* pseudo-científico, horriblemente burgués, que ningún mozo intelectual, de alma verdaderamente fina, y de alto estetismo, consentiría en adoptar y que se abandona a los viejos tenderos liberales, a los *prudhommes* del jacobinismo, de la especie grotesca de *Monsieur Homais* o de *M. Cardinal*, padre de las muchachas *Cardinal*.

Todo esto es desolador. Tanto más cuanto que al lado de este movimiento negativo contra el positivismo surge y crece paralelamente un movimiento afirmativo de espiritualidad religiosa. No es ya aquella vaga religiosidad que hace años apareció aquí, sobre todo en la literatura, mera forma de diletantismo poético, que juzgaba refinadamente original el dar interpretaciones modernas a la ternura mística de San Francisco de Asís o al furor de sacrificio de los mártires del siglo III. Y no es tampoco seguramente en la mocedad, el propósito de ir moralmente a Canossa a llamar con las manos contritas a las puertas maternas de la Iglesia... ¡No!... Es otra renovada ansiedad de descubrir en este complicado Universo algo más que fuerza y materia; de dar al deber una sanción más alta que la que ofrece el Código civil; de hallar un principio superior que promueva y realice en el mundo aquella confraternidad de corazones e igualdad de bie-

nes que ni el jacobinismo ni la economía política pueden ya realizar; y de tener, por fin, alguna garantía de la prolongación de la existencia, bajo cualquier forma, más allá de la tumba... Esta es realmente la gran ansiedad, porque cuanto más se agranda en actividad y se multiplica en fuerza la vida terrestre, de más acá del sepulcro, más se infiltra en el alma el ansia de *no cesar*. En suma, esta generación nueva siente la necesidad de lo divino. La Ciencia no faltó, es cierto, a las promesas que le hizo; pero es cierto también que el teléfono, el fonógrafo, los motores explosivos y la serie de los éteres no bastan a calmar y a dar felicidad a estos corazones mozos. A más de eso, ellos sufren de esta posición ínfima y zoológica a que la ciencia reduce al hombre, despojado por ella de la antigua grandeza de sus orígenes y de sus privilegios de inmortalidad espiritual. Es desagradable, para quien siente el alma bien conformada, descender del *protoplasma*; es más desagradable tener el fin que tiene una col a quien no cabe otra esperanza sino renacer como col. El hombre contemporáneo está evidentemente sintiendo la nostalgia de los tiempos gloriosos en que él era criatura noble creada por Dios y en su ser corría como otra sangre un flúido divino, y representaba y probaba a Dios en la creación, y cuando moría volvía a entrar en las esencias superiores y podía ascender a santo o ángel.

Tan tumultuosamente esta generación nueva apetece lo divino, que, a falta de ello, se contenta con lo sobrenatural. Así sucede que, mientras algunos rondan ya con los brazos en cruz, en torno del cristianismo, y otros más osados penetran en la India a buscar el budhismo, hay un número considerable que se sienta en torno de una mesa o de un sombrero, y se instala

cómodamente en el espiritismo. En París, en todas las grandes ciudades, donde el materialismo excesivo exasperó las imaginaciones, no se ven sino hombres inquietos llamando de nuevo a la puerta de los misterios.

## III

Estos son los hechos visibles y diurnos. Y de ellos proviene la preocupación de los buenos espíritus que ya pasaron de los cincuenta años, con respecto a esta generación nueva que va a *entrar en la carrera*, como se canta en *La Marsellesa*, y dominar intelectualmente a su época. ¿Cuáles serán sus ideas (era la pregunta incesante) y cuáles, por lo tanto, las formas que mantendrá o innovará en la sociedad? Todos pensaban que continuaría la revolución, que sólo creería en la ciencia y en los laboratorios, y sería jacobina, positivista y naturalista. Más he ahí que de repente se revela y, por medio de bastonazos enérgicos, manifiesta que su tendencia es espiritualista, simbolista, neocristiana y místico-socialista. Es una sorpresa enorme y desagradable para el positivismo científico, que se consideraba el indiscutible señor de las inteligencias y de las voluntades, universalmente reconocido como único capaz, por la verdad y utilidad de sus formas, de dar estabilidad a las sociedades, y que de repente recibe en los hombros el bastonazo irreverente y rencoroso de la mocedad, que creció hasta ahora sumisa y contenta entre las promesas de su enseñanza.

¿Cuáles son las causas, cuáles las consecuencias de esta protesta? La causa es patente: está toda en el modo brutal y riguroso con que el positivismo científico trató a la imaginación, que es una tan inseparable

y legítima compañera del hombre como la razón. El hombre, desde el principio de los tiempos, ha tenido (si me permiten renovar esta alegoría neoplatónica) dos esposas: la razón y la imaginación, que son ambas celosas y exigentes, y le arrastran cada una, con luchas a veces trágicas y a veces cómicas, a su lecho particular; pero entre las cuales hasta ahora vivió, ora cediendo a una, ora cediendo a otra, sin poder prescindir de ellas y encontrando en esta cohabitación bigámica alguna felicidad y alguna paz. Así Arquímedes tenía por emblema en su puerta un compás y una lira.

Sin embargo, el positivismo científico consideró la imaginación como una concubina comprometedora, de quien urgía separar al hombre; y apenas se posesionó de él, expulsó duramente a la pobre y gentil imaginación, encerró al hombre en un laboratorio, a solas con su esposa clara y fría, la razón. El resultado fué que el hombre comenzó de nuevo a aburrirse monumentalmente y a suspirar por aquella otra compañera tan alegre, tan inventiva, tan llena de gracia y de luminosos ímpetus, que desde lejos le hacía señas aún, le apuntaba a los cielos de la poesía y de la metafísica, donde ambos habían intentado vuelos tan deslumbrantes. Y un día no se contiene, derriba la puerta del laboratorio, aniquila al Sr. Aulard, que la custodiaba, y corre a los brazos de la imaginación, con quien se va a vagar de nuevo por las maravillosas regiones del sueño, de la leyenda, del mito y del símbolo.

En cuanto a las consecuencias de esta fuga, es más difícil preverlas; y sobre ellas discrepan los hombres ilustres que están siendo consultados en París sobre la inesperada aventura...

El Sr. Vogüé (1), en su calidad de neo-Chateaubriand, ve en todo esto el advenimiento del neo-cristianismo, tal vez hasta un regreso de las nuevas generaciones a la Iglesia, y ya está amasando la hostia para la magnífica reconciliación... Dumas hijo, que en su vejez se volvió hacia los pensamientos graves, trocó el *Demi-Monde* (2) por el *Demi-Cie*, y es entre los periodistas del Bulevar un tremendo profeta, mi Baruch de alcoba;—ve en esta actitud de los jóvenes un síntoma evidente de que los hombres se van a amar entre sí con desesperada fraternidad... Julio Simón, que, a más de filósofo, es senador, sólo ve y sólo considera los peligros que de estas veleidades místicas pueden sobrevenir a la República... Coppée (por que también el buen Copée fué consultado) entiende que la ciencia fracasó y que, por lo tanto, los hombres, desengañados y aburridos de esa impostora, se vuelven contritamente hacia la fe... Zola encoge los hombros, lleno de incertidumbre; reconoce que la atmósfera contemporánea está, efectivamente, entoldada de espiritualismo, y que lo más prudente para la generación nueva es *trabajar*, porque, bajo el dominio de la ciencia o bajo el dominio de la fe, el trabajo es el único promotor de la felicidad. Y los otros hombres ilustres dicen así igualmente cosas ilustres.

(1) El Vizconde de Vogüé, autor del libro *La novela rusa* (que aquí glosó la Sra. Pardo Bazán en su folleto *La revolución y la novela en Rusia*) predicó un neo-espiritualismo que tuvo mucha boga durante algunos años en París. De él habla más extensamente Queiroz en el ensayo "El Bock ideal" inserto en el volumen *Últimas páginas*, próximo a aparecer en esta misma Biblioteca Nueva.—N. del T.

(2) Se sabe que *Demi-monde* fué una de las obras dramáticas más estimadas de Dumas hijo, y que él creó esta denominación nueva, con la cual hace un juego de palabras Queiroz: *Semi-Mundo* y *Semi-Cielo*.—N. del T.

Yo, por mi parte, registro los hechos. Y pienso que ahora, que el hombre volvió a tomar posesión de su ardiente compañera la imaginación y volvió a probar francamente y *coram populo* las delicias que sólo ella le puede dar, no consentirá en estos años próximos que le secuestren y le separen de esa Circe adorable, que transforma a sus amigos, no en puercos, sino en dioses.

Por otra parte, tampoco es ya posible que con la experiencia de todas las comodidades, del orden, de las fecundas y útiles verdades que en torno suyo y para su grandeza y seguridad estableció la razón, huya del todo y se abandone por completo, como en la remota Edad Media, a la dirección ondulante y quimérica de la otra esposa: de la imaginación. Habrá, es cierto, entre los hombres que llegan, una reacción contra los rigores del positivismo científico. Muchas almas tiernas, apasionadas, heridas por el materialismo del siglo, se refugiarán en el desierto. El estridente tumulto de las ciudades, la exageración de la vida cerebral, la inmensidad del esfuerzo industrial, la brutalidad de las democracias, han de llevar necesariamente a muchos hombres, los más sensibles, los más imaginativos, a buscar el refugio del quietismo religioso, o, por lo menos, a buscar en el ensueño un alivio a la opresión de la realidad. Pero esos mismos no pueden ni destruir, ni siquiera abandonar, el trabajo acumulado de la civilización. Están dentro de ella, encarcelados en ella, y lo más que pueden es reaccionar, con su idealismo exacerbado, sobre el materialismo ambiente. Lo que sucederá es que, sobre muchos problemas que la ciencia no puede aún resolver, se vaya a ejercer, como un socorro imprevisto, la acción de la fe, de una fe renovada y transformada, acomodada a las exigencias de la civilización y de la propia cien-

cia, que podrá ser llamada neocristiana y que no será tal vez más que una especie de protestantismo a lo Schleiermacher, filosófico y refinado. Es esta acción la que estamos viendo, aún vaga, pero ya viva, operar sobre las cuestiones sociales con el nombre de socialismo cristiano. En suma: parece cierto que, por algún tiempo, como sucede siempre en épocas como estas de grandes disoluciones de doctrinas, el mundo será atravesado, si no purificado, por un fuerte viento de espiritualismo...

Pero todo esto son tremendas cuestiones. Descendiendo de ellas más, especialmente hacia este renacimiento espiritual, hacia esta niebla mística que en Francia y en Inglaterra está envolviendo lentamente la literatura y el arte, yo pienso que será benéfica; benéfica como todas las nieblas saturadas de fecundo rocío, y de donde las flores emergen con más brillo, más color, más gracia y más dulzura de aroma. Nunca más nadie (es cierto), teniendo fijo sobre sí el ojo rutilante e irónico de la ciencia, osará creer que de las heridas que el cilicio abría sobre el cuerpo de San Francisco de Asís, brotaban rosas de divina fragancia. Mas tampoco nunca ya nadie, por miedo de la ciencia y de las reprensiones de la fisiología, dudará en ir a respirar por la imaginación, y si fuese posible, a coger, las rosas brotadas de la sangre del santo incomparable.

Y esto es para nosotros, hacedores de prosa o de verso, una positiva ventaja y un gran alivio.

1893.